



In a small town in Western Mexico, Martijn, a thin, gray-haired man wakes up in a lonely wasteland ready to live through a decisive day. During that morning, he spends time with family and friends, talks to various villagers, and takes part in a series of anecdotes. Little by little, his bitter condition is sketched and his spirit closes in fatality. It is then that everyday rural life unveils the brutality of its underlying passions.

The objectivity of the film's realism is blurred by the blue tones that dominate the image, Martijn's melancholic personality, and the aimless way time moves forward, constantly diverted by unexpected events. Just like the dream we see in a fundamental scene between the protagonist and his daughter, the film wanders through ordinary spaces to decipher their hidden center towards which we are taken in as in a spiral. When it is discovered, however, the strangeness doesn't disappear because the protagonist's emotional darkness is the constitutive axis of the film.

RICOCHET uses portraits of everyday rural life to underpin, indirectly, the numerous mysteries that surround its main character, whose friendly, idyllic present cracks down between conversations and strolls. The carefully elaborated dialogues remind us of the Golden Era of Mexican cinema and uses the quaint malleability of verbal dexterity to unfold characters and situations. The counterpart for what is being played through words is the darkness that covers the protagonist's past and leads him unalterably towards his fate. This concealment rarefies the narration and offers a contemporary glance to the Mexican rural drama.

Abraham Villa Figueroa

MÉXICO - ESPAÑA
2020

93'
digital
color

DIRECCIÓN

GUION

Rodrigo Fiallega

FOTOGRAFÍA

Natalia Cuevas

EDICIÓN

Elena Ruiz

Rodrigo Fiallega

SONIDO

Chema Ramos Roa

REPARTO

Martijn Kuiper

Andrés Almeida

Iazua Larios

PRODUCCIÓN

Gabriela Maldonado Miquelerena

COMPAÑÍA PRODUCTORA

Tangram Films

IMCINE

Érase una vez

RICOCHET

En un pequeño pueblo del occidente mexicano, Martijn, un hombre delgado y canoso despierta en un páramo solitario preparado para vivir un día decisivo. En el transcurso de la mañana convive con su familia y amigos, habla con distintos pobladores del lugar y participa de varias anécdotas. Poco a poco, se dibuja su condición amarga y se cierra su ánimo alrededor de la fatalidad; la cotidianidad rural, entonces, desvela la brutalidad de sus pasiones subyacentes.

La tonalidad azul que permea la imagen, el cariz melancólico de Martijn y el avance sin dirección del tiempo desviado constantemente por imprevistos, difuminan la objetividad del realismo. A semejanza del sueño que ocupa una escena fundamental entre el protagonista y su hija, la película deambula por sitios ordinarios para descifrar el centro oculto al que nos conduce como en espiral. Al averiguarlo, sin embargo, la extrañeza no desaparece, pues la oscuridad sentimental del protagonista es su eje constitutivo.

RICOCHET se apoya en el costumbrismo de la vida del campo para sostener indirectamente varios misterios sobre su protagonista, cuyo presente afable e idílico se resquebraja entre conversaciones y paseos. La cuidada elaboración de los diálogos remite a la Época de Oro del cine mexicano y se vale de la maleabilidad pintoresca del ingenio verbal para desenvolver caracteres y situaciones. La contraparte de lo explícito que se juega en la palabra es la oscuridad que recubre el pasado del protagonista y que lo conduce invariablemente a su destino. Este ocultamiento enrarece la narración y ofrece una mirada contemporánea al drama rural mexicano.

Abraham Villa Figueroa